

T. H. Marshall y Tom Bottomore

Ciudadanía y clase social



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Citizenship and Social Class*

Fue publicada por primera vez en 1992 por Pluto Press, London.
www.plutobooks.com

Traducción: Pepa Linares

Primera edición: 1998
Segunda edición: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Lucía M. Diz y Miguel S. Moñita

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© T. H. Marshall and Tom Bottomore, 1987
© de la traducción, Pepa Linares, 1998
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1998, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-180-9
Depósito legal: M. 179-2023
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Prefacio
- 13 Prólogo

Primera parte. Ciudadanía y clase social

- 17 1. El problema que ayudó a plantear Alfred Marshall
- 27 2. El desarrollo de la ciudadanía hasta finales del siglo XIX
- 45 3. La temprana influencia de la ciudadanía en la clase social
- 64 4. Los derechos sociales en el siglo XX
- 95 Conclusiones

Segunda parte. Ciudadanía y clase social, cuarenta años después

- 109 1. Ciudadanos, clases e igualdad
 - 113 2. Capitalismo, socialismo y ciudadanía
 - 129 3. Nuevos interrogantes a propósito de la ciudadanía
 - 143 4. Cambian las clases, cambian las doctrinas
 - 161 5. A modo de conclusión
-
- 179 Bibliografía
 - 185 Índice analítico

Prefacio

Podría parecer que una intención perversa nos mueve a incluir el ensayo original que escribió T. H. Marshall en 1950 sobre la ciudadanía en una colección de títulos dedicados al análisis crítico de la obra de la nueva derecha durante los años setenta y ochenta, pero si esa derecha ha tenido un objetivo fundamental ha sido, sin lugar a dudas, la idea de ciudadanía. Aunque no hemos elegido ningún título con la intención de confrontarlo con el de Marshall, la profusión de análisis y notas a pie de página relativos a su obra durante las dos últimas décadas ofrece sobradas pruebas de la influencia que ha ejercido.

Para la nueva derecha autoritaria, cuya representación típica podría correr a cargo de los autores del Peterhouse Group y la *Salisbury Review*, la idea de ciudadanía es uno de tantos dislates progresistas que sólo sirven para calentar los cascos de la gente respecto al espacio social

que ocupa, y para que los súbditos acaben por creer que no son sólo eso, súbditos obligados a dejarse gobernar, sino también personas dotadas de derechos. La nueva derecha se arrepiente de las revoluciones francesa y americana, las dos grandes defensoras de la ciudadanía; y se arrepiente también del liberalismo, al que considera aún más peligroso que el marxismo porque, a su parecer, se trata de un disparate mucho menos evidente, que aporta además ideas tan atractivas como la libertad individual y los derechos civiles.

Para esta derecha neoliberal, la ciudadanía consiste en un cuerpo de derechos que trascienden y modifican las relaciones de mercado, uno de los principales dogmas de la argumentación de Marshall. Para los neoliberales del Instituto Adam Smith o el Institute for Economic Affairs, la función del Estado debería limitarse a mantener la moneda y el imperio de la ley, dejando las relaciones individuales al gobierno del mercado, y sólo habría que recurrir a la justicia en caso de que el mercado ocasionara algún perjuicio. El colectivismo, en todas sus formas, socava el mercado, y cuando el Estado intenta suplantarlos sumando los millones de necesidades individuales en las que aquél debería mediar, el caos económico y la tiranía política están servidos. La domesticación de las fuerzas del mercado constituía para Marshall una de las condiciones previas de la justicia social.

La idea de ciudadanía enunciada por Marshall ha sido una especie de faro para la sociología y la política social desde el final de la guerra, y su importancia no ha dejado de aumentar desde la primera edición de *Ciudadanía*

Prefacio

y clase social. Es el momento apropiado para facilitar el acceso al ensayo original.

Robert Moore
Liverpool, agosto de 1991

Prólogo

Ha sido para mí un gran honor escribir el ensayo complementario sobre ciudadanía y clase social para el presente volumen. Las ideas que expuso T. H. Marshall en su monografía de 1950 y el conjunto de cuestiones que suscitaron son todavía de vital importancia para nosotros; en cuanto a sus escritos, continúan influyendo en los estudios sociológicos de numerosos países. En efecto, a medida que pasan los años se multiplican las referencias a su obra. Mi propio trabajo en ese campo ha reflejado siempre la influencia de una larga asociación con él; primero como colega de la London School of Economics desde 1952; luego, de otro modo, cuando él dirigía el Departamento de Ciencias Sociales de la UNESCO (1956-1960) y yo era secretario ejecutivo de la Asociación Internacional de Sociología; por fin, durante su activísimo retiro, en sus primeros años de presidencia de la AIS (1959-1962), cuando también desempeñaba un pa-

pel decisivo en la consolidación de la sociología en Cambridge.

En los últimos años, cuando dirigió su atención hacia aspectos más detallados del bienestar social, en sucesivas ediciones de una obra tan leída y tan influyente como *Social Policy*, volví a aprender mucho de mis conversaciones con él, sobre todo por su forma de relacionar sistemáticamente las cuestiones del bienestar con el conjunto de la estructura social en sus ensayos sobre el capitalismo del bienestar, el socialismo y la economía mixta. Su obra presenta para mí tres aspectos tan singulares como admirables. En primer lugar está la claridad y la elegancia de su exposición (una rara cualidad entre científicos sociales); en segundo lugar, la precisión y la carga crítica de sus análisis de las principales corrientes y cuestiones relacionadas con la formación política; y en tercer lugar, su moderada aunque manifiesta esperanza en las posibilidades de conquistar una mayor justicia social.

El propio Marshall, en una memoria de su carrera aparecida en el *International Social Science Journal* (vol. XXV, núms. 1-2, 1973), habló del valor de la sociología para la educación democrática. Toda su obra fue una de las mayores contribuciones a esa educación y, en un sentido amplio, al proceso de formación de una sociedad más humana y más civilizada. Los sociólogos de la actual generación aún tienen mucho que aprender de él.

Tom Bottomore
Agosto de 1991

Primera parte

Ciudadanía y clase social

T. H. Marshall

1. El problema que ayudó a plantear Alfred Marshall

La invitación a dar estas conferencias¹ me satisfizo íntima y profesionalmente. No obstante, si desde el punto de vista personal aprecié con sincera modestia un honor tan inmerecido, mi reacción profesional no fue en absoluto modesta, convencido, como estoy, de que la sociología tiene todo el derecho a reclamar un puesto en esta conmemoración anual de Alfred Marshall. Me parece, pues, un rasgo generoso que la universidad que aún no la considera una disciplina esté dispuesta a darle la bienvenida como visitante. Podría ocurrir –y la idea resulta inquietante– que se enjuiciara aquí la sociología en mi persona. Si así fuera, estoy seguro de que puedo confiar

1. Conferencias de Alfred Marshall, Cambridge, 1949.

en que ustedes la sometan a un juicio escrupulosamente imparcial, que consideren los posibles méritos de mi trabajo una prueba del valor académico de la disciplina a la que me dedico, y que, por el contrario, si algo les suena a sabido o les parece inútil o mal fundado lo achaquen a defectos propios de mí que no encontrarán en ninguno de mis colegas.

No defenderé lo adecuado de este tema para la ocasión reclamando para Marshall el título de sociólogo, puesto que, una vez abandonados sus iniciales devaneos con la metafísica, la ética y la psicología, dedicó toda su vida a desarrollar la economía como ciencia independiente y a perfeccionar sus propios métodos de análisis e investigación. Para ello eligió deliberadamente un camino muy distinto al de Adam Smith y John Stuart Mill, y fue aquí, en Cambridge, donde manifestó el espíritu que había guiado su elección con motivo de su conferencia inaugural de 1885. Al hablar de la creencia de Comte en una ciencia social unificada, Marshall decía: «No cabe duda de que si tal cosa existiera, la economía estaría encantada de refugiarse bajo sus alas, pero ni existe ni hay signos de que llegue a existir. Y como de nada sirve esperarla ociosamente tendremos que hacer lo posible con los recursos disponibles en la actualidad»². Él defendió la autonomía y la superioridad del método económico, superioridad debida principalmente al empleo del dinero como vara de medir, que «es hasta tal punto la mejor medición de los motivos que ninguna otra podría competir con ella»³.

2. A. C. Pigou (ed.), *Memorials of Alfred Marshall*, p. 164.

3. *Ibid.*, p. 158.

Marshall fue, como es sabido, un idealista, tanto que, según Keynes, «estaba demasiado preocupado por hacer el bien»⁴. A este respecto, lo último que yo haría es reclamarle de sociólogo, porque si es cierto que algunos profesionales de la sociología han sucumbido a la tentación, generalmente en detrimento de sus logros intelectuales, me disgusta distinguir al economista del sociólogo diciendo que el uno se rige por la cabeza y el otro se deja arrastrar por el corazón. Cuando el sociólogo –o el economista– es honrado sabe que la elección de los fines o los ideales cae fuera del campo de la ciencia y dentro de la filosofía social. Pero el idealismo despertó en Marshall un ferviente anhelo de poner la ciencia económica al servicio de la política utilizándola –como puede utilizarse con toda legitimidad una ciencia– para desentrañar la naturaleza y contenido de los problemas que debe afrontar la política y evaluar la relativa eficacia de los medios alternativos para el logro de unos fines determinados. Marshall comprendió que, aún considerándolos problemas económicos, como lo haría cualquiera, la ciencia económica por sí sola no podía prestar estos dos servicios, porque implican la consideración de fuerzas sociales tan inmunes a la vara de medir del economista como la pelota de croquet a los golpes que Alicia trataba de dar en vano con la cabeza de su flamenco. Quizás por este motivo, Marshall llegó a sentir en ciertos momentos una injustificada decepción por sus logros, e incluso confesó su arrepentimiento por haber preferido la economía a la psicología, una ciencia que le habría acercado

4. *Ibid.*, p. 37.

mucho más al pulso de la vida social y le habría facilitado una comprensión más profunda de las aspiraciones humanas.

Podría citar numerosos pasajes en los que nuestro autor se ve impulsado a comentar esos factores esquivos, de cuya importancia estaba firmemente convencido, pero prefiero centrarme en un ensayo cuyo tema se aproxima al que yo mismo he elegido para mis conferencias. Se trata de una comunicación que en 1873 presentó en el Reform Club de Cambridge sobre *El futuro de la clase obrera*, reeditado en el volumen conmemorativo por el profesor Pigou. Existen algunas referencias textuales entre las dos ediciones que, a mi parecer, deben atribuirse a correcciones efectuadas por el propio Marshall después de editar la versión original en formato de opúsculo⁵. El profesor Phelps Brown me recordó este ensayo, que él mismo había utilizado en su conferencia inaugural del pasado noviembre⁶, y que se adapta también a mi propósito de hoy, porque Marshall, al examinar allí una faceta del problema de la igualdad social desde el punto de vista del coste económico, llega a la frontera misma de la sociología, la traspasa y hace una breve incursión al otro lado. Podríamos interpretar su acto como un reto a la sociología para que le enviara un emisario hasta esa frontera y le siguiera en la tarea de convertir la tierra de nadie en un espacio común. Por mi parte, he tenido

5. Edición privada de Thomas Tofts. Las referencias de las páginas siguen esta edición.

6. Publicado con el título «Prospects of Labour», en *Economica*, febrero de 1919.

la presunción de responder al reto iniciando un viaje, en tanto que historiador y sociólogo, hacia un punto de la frontera económica de ese mismo tema general: el problema de la igualdad social.

En su comunicación de Cambridge, Marshall se preguntaba si «tiene algún fundamento válido la opinión de que hay ciertos límites que la mejora de las condiciones de la clase trabajadora no puede traspasar». «La pregunta –decía– no es si todos los hombres llegarán finalmente a ser iguales, que ciertamente no lo serán, sino si el progreso avanza constante, aunque lentamente, hasta que, al menos por su trabajo, todo hombre sea un caballero. Yo sostengo que sí avanza, y que esto último ocurrirá.»⁷ Basaba su fe en el convencimiento de que lo característico de la clase trabajadora eran las labores pesadas y excesivas cuyo volumen podía reducirse considerablemente. Mirando a su alrededor encontró pruebas de que los artesanos cualificados, cuyo trabajo no carecía por completo de futuro o interés, se acercaban ya a la posición que él anticipaba como el último logro, porque, decía, «están aprendiendo a valorar más la educación y el tiempo libre que el simple aumento de salarios y comodidades materiales», y «desarrollan constantemente un sentido de la independencia y del respecto viril hacia sí mismos y, con ello, una deferencia cortés por los demás; aceptan cada vez más los deberes públicos y privados del ciudadano; y perciben mejor la verdad de que son hombres y no máquinas de producir. Se convierten

7. *The Future of the Working Classes*, pp. 3, 4.

en caballeros»⁸. Cuando el avance técnico haya reducido el trabajo pesado a un mínimo, y ese mínimo se haya repartido en pequeñas cantidades entre todos, «puesto que la clase trabajadora está formada por hombres que realizan el trabajo excesivo, habrá quedado abolida»⁹.

Marshall comprendió que podrían acusarle de adoptar las ideas de los socialistas, cuyas obras, como él mismo dijo, había estudiado durante ese periodo de su vida con grandes esperanzas y mayor desilusión, porque afirmaba: «El panorama que resulta recuerda en ciertos aspectos el que nos han mostrado los socialistas, ese noble grupo de entusiastas poco formados que atribuye a todos los hombres una capacidad ilimitada para las virtudes altruistas que sólo ellos conservan en sus corazones»¹⁰. Él respondía que su sistema se diferenciaba fundamentalmente del socialismo en que conservaba lo esencial del mercado libre, aunque, para realizar sus ideales, sostenía que el Estado debía imponer de alguna forma su capacidad coercitiva, por ejemplo, obligando a los niños a asistir a la escuela, porque los que no han recibido educación no pueden apreciar, y por tanto no pueden elegir libremente, las cosas buenas que distinguen la vida de los caballeros de la vida de la clase trabajadora. «Se trata de obligarlos y ayudarlos a subir el primer peldaño; de

8. *Ibíd.*, p. 6.

9. *Ibíd.*, p. 16.

10. *Ibíd.*, p. 9. La versión revisada de este pasaje es significativamente distinta. Dice así: «El panorama resultante se parecerá en muchos aspectos al que nos hicieron ver algunos socialistas, que atribuían a todos los hombres...», etc. La condena no es tan genérica, Marshall no habla ya de «Socialistas» en general y con «S» mayúscula, en tiempo pasado. *Memorials*, p. 109.

ayudarlos, si ellos quieren, a subir muchos más.»¹¹ Nótese que sólo se les obliga en el primer peldaño. La libre elección se produce en cuanto han adquirido la capacidad de elegir.

La comunicación de Marshall se elaboró a partir de una hipótesis sociológica y un cálculo económico. El cálculo le proporcionaba la respuesta a su pregunta inicial, porque demostraba que cabía esperar tanto de los recursos como de la productividad mundiales una provisión suficiente de bases materiales para convertir a todo hombre en un caballero. En otras palabras, garantizaba el coste de la educación universal y de la eliminación del trabajo pesado y excesivo. No existían límites insalvables para la mejora de la clase trabajadora, al menos desde este lado del punto en que Marshall establecía la meta. Para elaborar las cifras, se sirvió de las técnicas comunes del economista, aunque hay que admitir que las aplicaba a un problema que suponía un alto grado de especulación.

Pero como la hipótesis sociológica no aflora por completo a la superficie, tendremos que ahondar un poco para descubrir su forma definitiva. Aunque lo esencial se halla en los pasajes citados, Marshall nos proporciona otra clave al sugerir que cuando decimos que un hombre pertenece a la clase trabajadora «pensamos más en el efecto que el trabajo produce en él que en el efecto que él produce en su trabajo»¹². No es, desde luego, la definición que esperaríamos de un economista, ni, en efecto,

11. *Ibíd.*, p. 15.

12. *Ibíd.*, p. 5.

sería adecuado considerarla siquiera una definición o someterla a un examen crítico y detallado. La frase intenta captar la imaginación y señalar la dirección general de su pensamiento, que se alejaba de un juicio cuantitativo de los niveles de vida en función del consumo de bienes y el disfrute de servicios para aproximarse a una valoración cualitativa de la vida en su conjunto, según elementos fundamentales para la civilización o la cultura. Aceptaba como justo y apropiado un amplio margen de desigualdad cuantitativa o económica, pero condenaba la desigualdad cualitativa o diferencia entre el hombre que era «al menos por su trabajo, un caballero» y el hombre que no lo era. Creo que, sin violentar el contenido de sus palabras, podríamos sustituir el término «caballero» por el adjetivo «civilizado», porque es evidente que tomaba como modelo de vida civilizada aquellas condiciones que su generación consideraba apropiadas para un caballero. Podríamos añadir que cuando todos reclaman el disfrute de esas condiciones, están pidiendo que se les admita a compartir la herencia social, lo que, a su vez, significa exigir un puesto como miembros de pleno derecho de la sociedad, es decir, como ciudadanos.

Tal es, a mi parecer, la hipótesis sociológica latente en el ensayo de Marshall, donde se postula la existencia de una igualdad humana básica asociada al concepto de la pertenencia plena a una comunidad –yo diría, a la ciudadanía– que no entra en contradicción con las desigualdades que distinguen los niveles económicos de la sociedad. En otras palabras, la desigualdad del sistema de clases sería aceptable siempre que se reconociera la igualdad de ciudadanía. Marshall no identificaba la

vida del caballero con el estatus de ciudadano; para hacerlo habría tenido que expresar su ideal en función de los derechos legales que corresponden a todas las personas. Esto, a su vez, depositaría la responsabilidad de garantizarlos en los hombros del Estado, lo que, poco a poco, acabaría por traducirse en una interferencia estatal que él habría deplorado. Cuando Marshall se refería a la ciudadanía como un valor que el artesano cualificado aprendía a apreciar en el curso de su conversión en caballero, no se refería a sus derechos, sino a sus obligaciones. Para él, se trataba de un estilo de vida que se cultiva dentro de la persona, que no se le presenta desde fuera. No reconocía más derecho definitivo que la educación de los niños, y sólo en este caso aprobaba el empleo del poder coercitivo del Estado para lograr su objetivo. Más no podía avanzar sin poner en peligro su propio criterio para distinguir de algún modo su sistema del socialismo, es decir, la defensa de la libertad del mercado competitivo.

Aun así, su hipótesis sociológica está hoy tan cerca del núcleo de nuestro problema como hace setenta y cinco años; de hecho, lo está mucho más. La igualdad humana básica de pertenencia a una comunidad, a la que —reitero— Marshall hizo referencia, se ha enriquecido con nueva sustancia y se ha revestido de un formidable cuerpo de derechos. En efecto, ha avanzado mucho más de lo que él preveía, e incluso deseaba, y se ha identificado claramente con el estatus de la ciudadanía. Ha llegado, pues, el momento de examinar su hipótesis y plantear de nuevo sus preguntas, para comprobar si las respuestas siguen siendo las mismas. ¿Sigue siendo cierto que la